

7800
100

533

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

La dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES

Dr. Luis A. Podestá Costa

Por la Facultad

Emilio Bernat

Por el Centro de Estudiantes

José S. Mari

Por el Centro de Estudiantes

SECRETARIO DE REDACCIÓN

Carlos E. Daverio

REDACTORES

Silvio Pascale

Ovidio V. Schiopetto

Por la Facultad

Angel Boigen

Por el Centro de Estudiantes

Armando Massacane

Por el Centro de Estudiantes

Año XIX

Julio, 1931

Serie II, N° 120 - (20-1)

(23-124-1)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

de Francisco Nitti

El juicio de las formas políticas

La interpretación de la historia y las previsiones del porvenir

Francisco Nitti, el eminente estadista, ha escrito un interesante libro titulado "La Democracia". Como una deferencia para nuestra Facultad ha enviado los originales de uno de los más interesantes capítulos del mismo, el que convenientemente traducido ofrecemos hoy a nuestros lectores, quienes por su lectura podrán apreciar el carácter puramente científico con que el autor ha encarado tan interesante cuestión, en el que hace derroche de doctrina y de experiencia recojida, en su larga actuación de hombre público.

LA DIRECCIÓN

El juicio de las formas políticas está siempre subordinado a nuestra concepción de la vida. Los mismos acontecimientos son valorados diversamente según la situación de las personas. Los grandes personajes de la historia, son siempre juzgados del modo más diverso, según la nacionalidad, la fe religiosa, las ideas políticas y la posición social de quien los juzga. La historia de las religiones nos da el ejemplo más característico, de cómo los mismos hechos y las mismas personas, se prestan a las más opuestas interpretaciones. Los hebreos y los cristianos, y entre los cristianos los católicos y los protestantes, atribuyen a los mismos acontecimientos históricos un valor distinto, y a los mismos personajes una diversa y a menudo opuesta actuación. El prejuicio religioso, el prejuicio político, el prejuicio social, determinan aquellas deformaciones de la historia, que tanto contribuyen a falsear después los juicios de las formas políticas. Se

juzgan los hechos de la historia a través de ideas políticas diferentes y de distintas posiciones sociales; pero a su vez las deformaciones de la historia plasman aquellas ideas adquiridas por generaciones enteras y que contribuyen a los juicios más erróneos de las formas políticas.

La política es la gran moderadora de la historia, en cuanto los historiadores aplican sus propias concepciones políticas al juicio de los acontecimientos; pero también la historia es la gran corruptora de la política porque creemos en cada gran acontecimiento político, poder referirnos a la historia, que nada puede enseñar. El siglo XX no es el siglo XVI; nuestros acontecimientos se enlazan a todo nuestro pasado pero no explican nuestro presente.

¿Cuál es el mejor Gobierno?

En principio debería ser fácil reconocer que el mejor gobierno, es aquel que asegura al mayor número de personas, las formas de existencia que consienten el más grande desarrollo intelectual y moral y la más grande prosperidad material.

Es una idea muy simple y que debiera ser admitida sin dificultad.

Pero aún esta simple idea, no puede ser acogida por todos del mismo modo. Hay, en distintas religiones, personas que creen que la vida terrena no es más que un pasaje fugaz hacia formas más elevadas de existencia. ¿Qué interés tiene para un sacerdote budista o para un asceta cristiano las reformas tendientes a aumentar la riqueza general y, por consiguiente, el goce de los bienes materiales? ¿No es quizá ese aumento de riqueza un mal y una causa de depravación? Cada concepción política está en relación con una idea de monarquía, de estado, de nación o simplemente de colectividad. La monarquía absoluta considera en general como su objetivo principal el poder, y éste no puede ser obtenido más que con la sumisión del pueblo; el soberano y las clases privilegiadas para alcanzar sus propósitos deben tener un pueblo sometido. Son innumerables los escritores que han sostenido, en el pasado abiertamente y ahora con prudente reserva, que la elevación de las clases populares es un peligro para la sociedad, y que la democracia económica disuelve la producción. Cada grupo social, cada clase, considera la grandeza del Estado y el valor de cada movimiento histórico en relación a sus ideas y a sus intereses.

Para los sacerdotes católicos ningún período es más grande que aquel en que triunfa la potencialidad de la Iglesia; para los pastores protestantes a menudo comienza la civilización con la reforma de Lutero. Para los artistas, el siglo de Pericles en la antigüedad y el siglo de León X en los tiempos modernos, son los más grandes. Los nacionalistas interpretan la historia a su modo y dan a los conceptos de patria, de estado, de nación, un significado que en el pasado nunca tuvieron y que ahora debieran prestarse a mantener un inquietante estado de aversión entre los pueblos. Los comerciantes juzgan los valores sociales según como contribuyan a sus riquezas. Los industriales que trabajan en las industrias de la guerra, están dispuestos a creer que nada sea más dañoso que la paz. Los militares consideran la grandeza en relación a las grandes conquistas de Alejandro a Carlomagno, de César a Napoleón.

Un cielo estrellado se presenta con diferente aspecto a un astrónomo y a un poeta; el canto de un ruiseñor sugiere consideraciones distintas a un artista, a un guerrero y a un economista. Hay tantos modos de hacer la historia cuantas son las concepciones religiosas, políticas, sociales, etc. Cuantas son las concepciones políticas, tantas son las interpretaciones de la historia.

Cuanto más lejos de nosotros están los acontecimientos, menos elementos tenemos para juzgarlos y cuanto más cerca están, menos serenidad tenemos en nuestros juicios.

Si tomamos un hecho actual de política económica, militar o social, nos sorprenden los diversos juicios que promueve: el mismo hecho que en Inglaterra para el *Daily Herald* o para el *Manchester Guardian* es considerado útil, encuentra las reservas de *Times* y la oposición del *Morning Post*. Se puede admitir sin dificultad que también en Berlín la misma diversidad de juicio se encuentra para el *Vossische Zeitung*, *Berliner Lokal Anzeiger* y *Vorwärts*. En Francia los contrastes no son menos evidentes. Los diarios extremistas tienen, en general, la misma intemperancia de lenguaje: *l'Humanité* no difiere mucho de *l'Action Française* y en Alemania el *Deutsche Tageblatt* se parece mucho al *Rothe Fahne*. Hay estilos violentos que hacen pensar a menudo que nos encontramos frente a ebrios.

¿Son diferentes los motivos de admiración? Balzac dice que en los tiempos de Napoleón, cuando la preocupación

general era ganar la guerra, el mayor insulto que se podía hacer a un hombre era decirle *lâche* (cobarde) y en su tiempo, cuando la preocupación era enriquecerse, el mayor insulto era decirle *scroc* (ladrón). Un general difícilmente se interesa, estudiando un país, más que en sus fuerzas militares; un banquero gradúa su admiración según la potencia económica.

Nada es más interesante que la literatura de distintos pueblos y de grupos políticos diferentes, en torno a un mismo argumento. La revolución francesa de 1789 ha sido juzgada por sus contemporáneos, y aún ahora, de las más distintas maneras. Los juicios son todavía opuestos: los que la consideran como uno de los más grandes hechos de la historia y el más noble de la historia moderna, y aquellos que la consideran como la ruína de nuestros tiempos. También los historiadores de más alto vuelo y los mismos franceses la juzgan diversamente.

Las obras de Michelet, de Thiers, de Taine, de Jaures, etc., contienen las más diferentes apreciaciones, pero también los hechos están distintamente presentados.

¡Qué diversidad de juicios sobre la revolución de Inglaterra y sobre Cromwell! Casi todos los historiadores encuentran inieuo que Cromwell, habiendo vencido, hiciera decapitar a Carlos I que había traicionado la antigua Constitución y quería establecer el poder absoluto. Si Carlos I hubiera vencido, seguramente hubiera hecho decapitar a Cromwell y muchos de los mismos historiadores hubieran encontrado que el acto era legítimo.

Con frecuencia los hombres políticos cambian de opinión en el curso de su vida y juzgan los mismos hechos de diverso modo. Los más enconados contra la Iglesia Católica son los apóstatas. Las más violentas acusaciones contra el socialismo y también las más atroces persecuciones, han venido de Benito Mussolini, que había sido toda su vida un socialista exaltado y un admirador de la violencia anárquica.

En Francia, Millerand ha sido hasta el año 1900, comunista: adherirse al marxismo no es otra cosa que adherirse al comunismo. Después que en 1900 fué Ministro Waldeck Rousseau, pasó al socialismo más atemperado y enseguida se adhirió a los partidos conservadores, se hizo enemigo del socialismo y un secuaz del nacionalismo más reaccionario.

En la conferencia de Londres de 1920, Millerand como Presidente del Consejo de Ministros, representaba a Francia, Lloyd George a Inglaterra y yo a Italia. Lloyd George y yo que al fin nunca habíamos sido socialistas, sosteníamos la necesidad de reanudar las relaciones comerciales con Rusia; Millerand era muy contrario. A nuestros argumentos, de Lloyd George y míos, oponía un discurso enfático y violento: decía que los comunistas rusos debían ser aislados y combatidos, puesto que representaban una ofensa a la civilización, a la religión, a las leyes del honor. El comunismo era un peligro para todos y se necesitaba combatirlo ayudando los movimientos de los rusos blancos. Estos, si hubieran vencido, hubiesen impuesto el retorno al zarismo que ciertamente no era ni mejor ni más moral que el bolcheviquismo. Yo seguía el discurso de Millerand con gran curiosidad y recordaba sus palabras de veinte años atrás en los Congresos y en la prensa socialista, donde hacía siempre la apología de la revolución marxista. En la sesión siguiente responde Lloyd George. Tenía delante un gran número de libros. Comenzó a leer en cada uno de ellos los juicios de los hombres públicos y de los escritores ingleses más célebres de fines del siglo XVIII y de principios del siglo XIX sobre la revolución francesa. Aquellos juicios estaban formulados casi con las mismas palabras usadas por Millerand al hablar de Lenin y de sus colaboradores; los jefes de la revolución francesa eran tratados como hombres sin ideales, enemigos de la religión y de la patria, que negaban toda forma de existencia civilizada, enemigos de toda religión y de los principios mismos de la civilización. Concluían, como Millerand, afirmando la necesidad de no tener ninguna relación con Francia, que era necesario aislar del mundo (1).

Si un acontecimiento contemporáneo es juzgado de manera tan diversa por hombres que tienen opiniones diferentes, si por un mismo hombre es juzgado distintamente según las diversas fases de la vida, ¿cómo podemos creer que los juicios de los historiadores sobre las formas políticas del pasado y el de los hombres políticos y de los estudiosos sobre las formas políticas actuales no adolezcan casi siempre del mismo espíritu de parcialidad?

(1) Nititi: *La Paix*, Paris, 1925, pág. 23 e seg.

Si tomamos una de las grandes figuras del pasado, David, César, Atila, Carlomagno o Napoleón, y examinamos la literatura de los diferentes países y en distintos tiempos, a su respecto, notamos la extrema diversidad de juicios.

Tal vez ningún personaje de la historia ha tenido tantos adoradores como David. El pequeño pastor que la Biblia nos presenta en tan poética forma: guerrero, poeta, músico, vencedor de gigantes, fundador de monarquías, tiene la adoración de los hebreos que lo consideran como el fundador de la gloria de Israel y el padre de Salomón; tiene la adoración de los cristianos, que lo consideran como el antecesor de Jesús. Todo lo que sabemos de él, constituye un conjunto de obras heroicas, de delitos, de generosidad y sensualidad, de acciones nobles y de acciones innobles. Millares de obras han sido escritas sobre David y cada una lo representa de diverso modo.

Un historiador francés dice que cuantos han escrito sobre David han compuesto una imagen distinta del Rey de los Salmos. Hay un David francés, un alemán, un inglés; los hay creyentes y escépticos, hebreos, católicos, protestantes; los hay de los siglos XVIII y XIX que tienen todas diferencias profundas con el original, y todas las figuras de los diferentes David, se resienten del paisaje en que vivía el escritor que se lo figuraba (1 bis).

La historia que aprendemos en la escuela, cuando no es una sucesión de dinastías, de nombres, de fechas, es a menudo una grosera historia nacional, que se adapta a nuestra concepción de los hechos, y pretende utilizar los acontecimientos según fines políticos, y llega a formar y a difundir errores, los más perjudiciales para las relaciones entre los pueblos y la civilización (1 bis 1).

Los grandes imperios militares nunca han sido duraderos: formados rápidamente se han deshecho con la misma rapidez a la muerte de sus fundadores. Pero pocos hombres obraron tan poderosamente sobre los destinos de la Europa como el soberano bárbaro cuyo nombre se repite todavía con terror: Atila. Este conquistador que ha dominado gran parte de Europa y cuyas hordas sólo se detuvieron en Orleáns por la resistencia de Aecio, ha contribuído más que

(1 bis) M. Dieulafoy: *Le roi David*, Paris 1897, Préface.

(1 bis 1) Augustin Thierry: *Dix ans d'études historiques*, lettera

todo a la caída del Imperio Romano. La leyenda y la historia, la tradición y la poesía han transmitido el recuerdo de Atila en formas diferentes, que se encuentran en todas las leyendas y en todas las literaturas.

Para los pueblos latinos el nombre de Atila está unido a ruina, masacre, persecuciones e incendios: *Attila Flagellum Dei*, terror de los romanos, espanto de la Galia. Por muchos siglos la historia y la leyenda le han sido contrarias. El Rey bárbaro, mandado por Dios para purgar la civilización romana de sus pecados, se presenta como un ciclón de muerte, Mesías del dolor y de la ruina. Probablemente Atila no fué ni tan cruel ni tan despiadado: podía destruir a Roma y no lo hizo ante las súplicas del Papa León el Grande y dió a menudo pruebas de generosidad y de clemencia.

Para los pueblos germanos la leyenda es del todo diferente. Atila, despojado de sus caracteres de bárbaro, termina por representar casi el mismo personaje que Carlomagno fué más tarde; se vuelve un Rey pacífico, bueno, hospitalario. Habita una ciudadela cercana al Danubio, donde de día y de noche vigilan hombres de armas, y bebe y ofrece generosamente copas de vino en la gran sala de su Palacio (Valhalla).

El heroísmo y la inteligencia son sus méritos, como la generosidad. En fin, los amores y las aventuras de Atila son la base de toda la leyenda del poema nacional *Nibelungenlied*. (Si también en los Nibelungos Atila es vencido por los cristianos, Atila sin serlo, muestra toda la virtud cristiana.

En las leyendas húngaras Atila se vuelve un gran rey piadoso y virtuoso, el alma de la nación de los Hunos y casi un precursor del cristianismo. Por muchos siglos el nombre de Atila se confunde en la gratitud del pueblo húngaro, con los de Arpad y San Esteban (2).

Si con respecto a un mismo personaje la historia y la leyenda son tan discordes, ¿cuál puede ser el juicio que nos merezcan los hechos políticos y las formas políticas actuales?

Algunos de los más grandes y sabios emperadores romanos están vistos a través de la nube de odio de la leyenda cristiana. La lucha contra los cultos asiáticos y contra el cristianismo, frecuentemente fué mucho menos áspera de

(2) Amédée Thierry: *Histoire d'Attila et de ses successeurs*, 5ème. éd., Paris 1874, Préface, vol. I pag. 1-60; vol. II pag. 224-422; *Lettres sur l'histoire de France*, lettera VI.

parte de los emperadores más corrompidos, que dejaban ir el Estado hacia la deriva, que de parte de aquellos emperadores más sabios y más honestos que se preocupaban de la nueva religión.

Aquellos que consideran la pontencialidad del Estado como fin y no ven más que la gloria a través de las victorias militares, la expansión territorial y los grandes armamentos, dan sobre las formas democráticas de países como Suiza y Dinamarca, un juicio muy distinto al de un demócrata.

Suiza y Dinamarca están, desde el punto de vista económico y social, en el puesto más elevado de la Europa moderna; sin embargo, el Rey de España hablando de Suiza, con su inteligencia política hecha de tradición, de pasado y de corrupción, demostraba una mediocre estima y decía que no hubiera querido ser jamás Rey de un país de relojeros y albergadores. A pesar de esto, Suiza casi no tiene analfabetos, tiene una riqueza muy grande y las más bellas instituciones de previsión social. Bajo todos los aspectos, Suiza no sólo es más progresista que España, sino también más que Italia y sólo con grandes esfuerzos durante muchos años Italia y España podrán llegar al nivel de Suiza.

Aún hoy vemos con qué poco respeto se habla de los pequeños pueblos como Suiza, Holanda, Dinamarca, etc., que son los países más adelantados y admirables de Europa. El criterio *ctesoedónico*, o sea que la grandeza está en la extensión, no ha desaparecido. Es la herencia de las grandes monarquías del pasado, que han batallado durante siglos para aumentar sus territorios. El tratado de Versailles, y todos los tratados que se concluyeron después de la guerra de 1914-18, tienen todavía los rasgos de la moral *ctesoedónica*. Los vencedores, violando todos los principios que habían proclamado, han destruído la unidad económica de Europa y han violado todos los principios de nacionalidad y de autodeterminación de los pueblos, para acrecentar sus territorios o aquellos de sus nuevos aliados, creando una situación de inestabilidad que amenaza profundamente la paz de Europa. Muchos alemanes, antes de la guerra, y sobre todo los nacionalistas, querían una Germania que comprendiese muchos territorios polacos, franceses y belgas. Han habido después de la guerra muchos franceses que buscaron con esfuerzo, la anexión de territorios germanos, más aún, de toda la margen izquierda del Rhin que comprende once millones de ha-

bitantes. Esta concepción *ctesoedónica* debe juzgar, naturalmente, con la más grande aversión, a una democracia pacífica, y debe inclinarse hacia las formas monárquicas y autoritarias, que son las más adecuadas para el desarrollo del militarismo y de toda potencia militar.

Los grandes Estados son un hecho esencialmente moderno. El Imperio Romano, que ha tenido la mayor duración de que se recuerda en la historia, reuniendo los pueblos y las razas más diferentes, no ha tenido probablemente nunca tantos habitantes como ahora posee Rusia o cuantos tiene actualmente los Estados Unidos de América. El Imperio Romano en su mayor desarrollo fué quizás igual a ocho veces la Francia actual; pero entonces, la densidad media de la población no pasaba sino raramente de quince habitantes por kilómetro (3). Tal vez el Imperio Romano nunca tuvo más de ochenta millones de habitantes; la Rusia actual, aún disminuída después de la guerra, comprende una extensión de más de veintiún millones de kilómetros cuadrados y una población que pasa de ciento cincuenta millones de habitantes. El Imperio Británico comprende una extensión de más de veintinueve millones y medio de kilómetros cuadrados, esto es, cerca de la cuarta parte del mundo. Los Estados Unidos de América tienen una extensión de siete millones ochocientos treinta y nueve mil kilómetros cuadrados y tienen sobre un territorio continuado cerca de 120 millones de habitantes. Pero ninguno puede decir que la extensión y el número preparan formas de vida y de civilización más elevadas.

De los grandes imperios de la antigüedad, sobre todo de los grandes imperios asiáticos, casi nada ha quedado. En cambio nosotros vivimos del pensamiento y del arte de los pueblos de la antigüedad, que no sólo fueron poco poblados sino que estuvieron muy lejos de representar por el número de sus habitantes, una ciudad moderna de segundo orden.

La Grecia entera era un pequeño país. Esparta, después de sus mayores engrandecimientos territoriales, cuando era el más extenso de los estados de Grecia, no tuvo más de 8400 kilómetros cuadrados (4): menos que el departa-

(3) Chapot: *Le monde romain*, pag. 4-5; Abbruzzese: *L'Impero romano nella storia della civiltà*, Milano 1921, pag. 10; *L. Homo: L'Empire romain*, Paris, 1925, pag. 156; ecc.

(4) Tucídide, 1. 10, 2; Glotz: *La cité grecque*, pag. 29; Cavai-

mento de Aveyron, en Francia, y apenas un poco más que el Condado del oeste de Yorkshire en Inglaterra.

Y aún la república de Atenas, que ha sido la gloria del mundo, en los tiempos de su mayor extensión, comprendida la isla de Salamina, nunca pasó de 2650 kilómetros cuadrados, que es menos que el Condado de Derbyshire, en Inglaterra, que el departamento del Ródano en Francia, y menos que el más pequeño estado de los Estados Unidos de América: Rhode Island.

Las dos eran grandes repúblicas de Grecia, pero ciudades y repúblicas que fueron célebres en el mundo por el pensamiento y por el arte, ocupaban pequeños territorios: Corinto apenas 880 kilómetros cuadrados, Samos 468 kilómetros: Cos 173 kilómetros, etc. La isla de Creta se dividía en los tiempos homéricos, por lo menos en 90 ciudades y en los tiempos históricos en cincuenta.

La población estaba en relación al territorio. Las ciudades más célebres de la antigüedad serían ahora apenas pequeños centros provinciales. Siracusa, que fué la más grande ciudad griega, no alcanzó después de la concentración de las poblaciones vencidas, sino de 50 a 60 mil ciudadanos; Atenas, en los tiempos de Pericles, es decir, en la época de su más grande esplendor, no tuvo más de 40 mil ciudadanos. Suponiendo un número igual de metecos y de esclavos, apenas se llega a la población de las pequeñas ciudades modernas (5).

Este hecho no es particular de Grecia.

En la Edad Media y al principio de la Edad Moderna, los estados que más han gravitado en los destinos de la civilización y que han llevado a cabo las más grandes obras, eran casi siempre pequeñísimos.

¿Qué era Florencia en los tiempos de Dante? Cuando Dante encuentra en el paraíso a su antepasado Cacciaguida, que exalta la modestia y la pureza de su época, Florencia no tenía quizá más de 16 mil habitantes; probablemente 20 mil en el siglo XII; 90 mil en 1339. Todavía en el *cinquecento* cuando por la potencia de las manifestaciones del pensamiento y del arte, Florencia pareció rivalizar con la Atenas

gnac: *La population du Péloponnèse au V et au IV siècle* in *Beitrag zu allen Geschichte*, 1912, tom. XII, pag. 267 e seg.

(5) Glotz: *op. cit.* pag. 30 e seg.; Plutarco: *Timoleone*, 23, 25; Diodoro, XVI, 52 e XIV, 78: ecc.

de Pericles, fué siempre una pequeña ciudad, menos populosa que hoy Clermont Ferrand, en Francia, o Middlesborough, en Inglaterra (6).

También las más grandes ciudades de la Alemania medioeval y de principios de la edad moderna, eran pequeños centros de población: es sabido que Nuremberg en 1450 no tenía sinó 20.165 habitantes; Francfort 8.719 en 1440. En Flandes, y en Bélgica las ciudades más célebres y que agitaron los más grandes problemas de la vida moderna, eran casi grandes villorios. Ipres que encierra tantos tesoros de arte, en 1506 no tenía más de 9.563 habitantes. Gante y Brujas, que fueron grandes centros, no alcanzaron en su mayor desarrollo a los 50 y 40 mil habitantes, respectivamente. Lovaina, Bruselas, Lieja, de 20 a 30 mil habitantes (7).

Nuestra civilización, a menudo grosera, se ha habituado a concebir la ídea del número y de la extensión, como ídea de grandeza. Sin embargo, los pueblos más grandes desde el punto de vista artístico, moral e intelectual, los centros que han sido la cuna de las más grandes manifestaciones del pensamiento, del arte, de la religión, nada han tenido de de esta monstruosa organización de la vida económica moderna.

Cuando se viaja a través de los Estados Unidos de América, sorprende la uniformidad de sus grandes centros urbanos. Después de haber visitado tres o cuatro ciudades es casi inútil visitar las otras. Las mismas casas, la misma arquitectura, los mismos negocios. La industria y el comercio se han standardizado; los hombres viven y visten más o menos del mismo modo. Es difícil distinguir un estudiante de un obrero. Las tiendas tienen en sus vidrieras los mismos productos. Se encuentran las mismas fábricas, los mismos depósitos de materiales, casi los mismos diarios, todo más o menos controlado por un sindicato.

La desaparición de Jerusalén, de Atenas o de Roma, en un período determinado de la historia hubiera gravitado sobre el desenvolvimiento de la humanidad toda; la desaparición de algunas de las ciudades modernas que tienen miilo-

(6) P. Santini: *Studi sull'antica costituzione di Firenze nell'Archivio storico italiano*, 1903, serie V, tom. XXXI; H. Hauvette: *Dante*, Paris, 1912, pag. 38.

(7) Pirene: *op. cit* pag. 130 e seg.

nes de habitantes tendría, probablemente, sólo una importancia demográfica o económica.

La similitud de la idea de grandeza con la idea de extensión y de número, que es la causa de la mayor parte de las guerras del pasado y que envenena todavía en gran parte a las democracias modernas, está basada en un error de concepto.

Aristóteles había ya dicho que el juicio de las formas políticas estaba determinado por la idea que se tiene de los fines que se han de conseguir, y en cierto modo, por el concepto que tenemos de la felicidad para el hombre y para el ciudadano. Todos aquellos, dice, que hacen consistir la felicidad del hombre en la riqueza, declaran al Estado feliz cuando es rico; aquellos que estiman antes que nada el poder tiránico, dicen que el Estado más feliz es aquel cuya dominación comprende al mayor número de súbditos (8). Agrega que si se estima al individuo sobre todo por su virtud, se considerará al Estado más virtuoso, como el más fuerte.

Cada uno de nosotros concibe la felicidad de distinta manera. Los pueblos modernos no se han liberado de la idea de potencia que implica la idea de extensión y que determina el fenómeno *ctesoedónico*.

Herodoto refiere que el más grande legislador de la antigüedad, Solón, encontrándose en Sardes, en la corte del Rey Creso, que era el hombre más rico y más poderoso de su tiempo, fué interrogado por el Rey sobre cuál era el hombre más feliz que había encontrado en sus viajes. El Rey tenía la seguridad de la respuesta: no podía ser sino el mismo Rey el hombre más feliz porque era el más rico y el más poderoso.

Solón, que era un sabio, respondió que el hombre más feliz que había encontrado era Tellus, de Atenas, que vivió en una ciudad floreciente con hijos bellos y virtuosos y que cada uno de ellos había tenido a su vez, hijos que les sobrevivieron y que, en fin, después de haber gozado de su fortuna, considerable con relación a su época, murió combatiendo por defender su patria, y que sus conciudadanos le habían levantado un monumento en su tierra natal.

Maravillado el Rey preguntó a Solón cuáles eran des-

(8) Aristotele: *Política*, libro IV, cap. II, I.

pués de Tellus los hombres más felices que había encontrado; Solón indicó a dos virtuosos jóvenes de Argos que murieron noblemente por piedad filial.

Creso, encolerizado, dijo: Ateniense, ¿haces tú, entonces, tan poco caso de mi felicidad que me juzgas indigno de ser comparado a un hombre común?

Solón respondió con un discurso de gran elevación moral, diciéndole que ningún hombre puede considerarse feliz sino el último día de su vida. Tú tienes ciertamente, agregó, riquezas considerables, y reinas sobre un pueblo numeroso, pero yo no puedo responder a tu pregunta porque no sé si terminarás tus días en la prosperidad; porque el hombre cubierto de riquezas no es más feliz que aquel que no tiene sino lo necesario, pues si la fortuna no lo acompaña, aún gozando de toda clase de bienes puede no terminar felizmente su carrera. Nada más común que la desventura en la opulencia y la felicidad en la pobreza (9). Herodoto agrega que el discurso de Solón nada tenía de agradable para Creso quien enseguida lo mandó echar de la corte.

Los discursos de la sabiduría nunca son agradables de oír. Es difícil hacer comprender a un grande de España que sus títulos nobiliarios no tienen importancia alguna ni constituyen superioridad; como es difícil hacer comprender a un millonario americano que su riqueza no significa en modo alguno, para los hombres libres, un título de grandeza.

La riqueza individual en la sociedad contemporánea no es prueba de superioridad. La herencia hace a menudo que los ricos sean personas inferiores. Aún aquellos que han ganado sus riquezas no son siempre los mejores. Son frecuentemente las aptitudes inferiores las que abren mejor el camino de las riquezas. Muchas grandes fortunas se han formado de la peor manera, sobre todo en ocasión de la gran guerra.

Pero en general, sólo los pueblos libres en la antigüedad y en los tiempos modernos, han llegado a un alto grado de riqueza, y la libertad es ahora condición de prosperidad.

La riqueza de los individuos no es prueba de superioridad; pero la riqueza de las naciones es prueba de sus energías. Un individuo puede ser rico sin mérito; las naciones jamás podrán ser ricas sin mérito de su pueblo. Entre nos-

(9) Herodoto, lib. I, cap. XXX-XXXII.

otros, dice Pericles a los atenienses, no es una afrenta confesar la propia pobreza; pero es una afrenta no hacer algo por salir de ella. Los pueblos que permanecen pobres son también aquellos que manifiestan menor actividad.

Pero la idea moderna de la riqueza no corresponde en manera alguna a una idea de superioridad. La modestia de los antiguos no les impidió alcanzar el más gran desarrollo intelectual ni realizar las más grandes obras.

Un obrero moderno en Nueva York o en Londres tiene un consumo más elevado un *Standard of Life* más alto que el que tuvieron, probablemente, Sócrates o Pitágoras.

El mundo antiguo no fué como se ha referido equivocadamente anticrematístico, no tuvo la aversión por la riqueza que ocasiona el estancamiento industrial, pero tampoco tuvo la sed de riqueza que constituye al mismo tiempo la fuerza y la debilidad de nuestras sociedades contemporáneas.

Aristóteles basa en la democracia la difusión de las riquezas y la existencia de numerosas fortunas modestas. Un hombre honesto era para los atenienses, honesto aunque viviera pobre; pero parecía más honesto y más indicado para los cargos públicos si era rico (10). Cuando Solón designa a Tellus como el hombre más feliz agrega que era acomodado.

Hesiodo dice que para el pueblo griego la pobreza era como una hermana de leche (11). Las familias consideradas como ricas, se contentaban con una vida muy modesta, y la vida de los ciudadanos libres era casi siempre dura por su parsimonia.

Las ciudades que brillaron en la edad media por su mayor gloria, eran pobres si las juzgamos en base a los modernos criterios de la riqueza. La circulación de los bienes, comparada con la nuestra era un pequeño riachuelo frente a un gran río. Una suma equivalente a algunas decenas de millares de dólares constituía la potencialidad de una gran casa bancaria. Las pequeñas naves de cien y doscientas toneladas no transportaban más mercadería en su totalidad que uno solo de los grandes *cargoboats* que ahora surcan los mares. Todos los carros que atravesaban los Alpes no lle-

(10) Thibaudet: *La campagne avec Thucydide*, pág. 211.

(11) Esiodo: *Le opere e i giorni*, 376.

(12) Glotz: *op. cit.* pag. 31, 40, 41 y 117.

vaban, tal vez, en un año, más mercadería que ahora en un solo día los trenes que cruzan esas montañas (13).

Cuando el antepasado de Dante, Cacciaguیدا, deplora la corrupción de las costumbres de Florencia, recuerda que en sus tiempos cualquier forma de lujo era ignorada. Recuerda que las mujeres florentinas no tenían collares, coronas, cinturones, es decir, objetos de lujo que se debían admirar más que las personas: “*Non avea catenelle, non corona. Non donne contigiate, non cintura. Che fosse a veder piú che la persona*” (14). La horrible costumbre de la dote no se había difundido todavía y no le hacía considerar al padre como una desventura el nacimiento de una hija. “*Non faceva, nascendo ancor paura. La figlia al padre; che il tempo e la dote. Non fuggian quindi e quindi la misura*” (15). El tatarabuelo del poeta había visto a los más grandes ciudadanos de Florencia como Bellincione Berti, llevar un rústico cinturón con una grosera hebilla de hueso, y a las mujeres de los Nerli, de los del Vecchio, etc., hilar la lana modestamente (16). Cacciaguیدا era el tipo del viejo conservador (*laudator temporis acti!*) y no juzgaba con serenidad los tiempos de sus descendientes. Pero, ¿qué modesta cosa era la riqueza en los tiempos de Dante!

Montesquieu ha dicho que hay dos especies de pueblos pobres: aquellos que la dureza del gobierno los ha convertido en tales y casi no son capaces de alguna virtud porque su pobreza es parte de su servilismo; los otros no son pobres sino porque han desdeñado la riqueza y no conocieron las comodidades de la vida. Esos pueden hacer grandes obras porque su pobreza fué una parte de su libertad (17).

El juicio de las formas políticas es determinado, pues, por el estado de ánimo y por la concepción que tenemos de la vida. Para un místico nada es más desagradable que una democracia laboriosa y próspera, en la que los hombres, preocupados por sus condiciones materiales de existencia, descuidan las formas de elevación del espíritu; para aquellos que hacen consistir la grandeza en la extensión del territorio, en el número de sus habitantes, en la grandeza política,

(13) Pirenne: *op. cit.* pag. 123 e seg.

(14) Dante: *La divina comedia*, III, canto XV, 100-102.

(15) Dante: *Ibid.*: 103-106.

(16) Dante: *Ibid.*: 112-117.

(17) Montesquieu: *Esprit des lois*, lib. XX, cap. III.

nada es más irritante que una democracia de pequeños burgueses y de trabajadores como Dinamarca o Suiza. Por el contrario, las democracias están dispuestas frecuentemente a ver la causa del mal en la autoridad, que puede ser, en muchos casos, remedio necesario cuando se constatan tendencias al desorden y a la destrucción.

El juzgar las formas políticas es, por consiguiente, muy difícil, como el juicio de la historia, dependiendo casi siempre de nuestra idea moral, de nuestro temperamento, de nuestra posición personal.

Las instituciones políticas debieran poder ser juzgadas por los resultados que produzcan; pero el juicio de los resultados está casi siempre, aún en los escritores de mayor mérito, subordinado a sus concepciones de la vida. Un monárquico francés no puede desconocer que Francia es ahora más rica que en cualquier período de su historia; pero esto no le impide decir que sería aún más rica si tuviese una constitución monárquica, conjuntamente con la potencia militar y el prestigio político. Nadie puede defender al bolcheviquismo ruso en sus procedimientos de violencia, pero lo atacan con más violencia aquellos que exaltaban al zarismo que era un gobierno culpable de violencias a veces peores y siempre inicuas.

Se dice que los mejores gobiernos son aquellos que más hacen por los intereses de los pueblos. Pero, ¿cuál es el interés de los pueblos? Cada uno de nosotros concibe este interés distintamente: quien en la conquista, quien en la grandeza, quien en la prosperidad, quien en la religión. En la crónica de los diarios leemos que hay personas que mueren por salvar a un naufrago o socorrer a un niño, y vemos que hay otras que matan a un hombre para robarle una pequeña suma. Sabemos de hombres piadosos que dan sus bienes para socorrer a los pobres y también vemos banqueros millonarios que se afanan en arruinar clases enteras del pueblo, sólo para aumentar sus riquezas. Los pueblos en su conjunto son como los individuos, distintos el uno del otro, y los mismos individuos cambian a menudo en el curso de su existencia. ¡Cuántos demagogos, no obstante sus ideas revolucionarias, son tiranos en su espíritu y cuántos reyes a pesar de sus ideas despóticas han sido serviles! Cada uno juzga su interés distintamente y a menudo durante la vida una misma persona cambia de ideas y sentimientos y juzga de otra ma-

nera el problema. Los pueblos no obran de distinta manera que los individuos.

La historia, cuando no es simple documentación, epigrafía, colección de documentos, cronología, no es más que interpretación de hechos a través del temperamento del escritor. Cada escritor lleva sus ideas, en general las ideas de su tiempo. No hay ninguno de los estudiosos de la historia de Roma que no juzgue de diverso modo a César, Bruto, Catón o Cicerón. No hay ningún pintor que pinte un paisaje de la misma manera que otro, no hay ningún historiador que juzgue los hechos del mismo modo. El juicio cambia cuando las ideas cambian. Pero, ¿cuál es con más frecuencia el valor de los hechos?

Cuando yo era jefe del Gobierno de Italia, nada me interesaba más que ver cómo los hechos, aún los más simples, me eran referidos en forma distinta según la fuente de que provenían.

Alguna vez cuando asistía al Senado, y había en la Cámara de Diputados una discusión importante en la que tomaban parte los ministros, encargaba a algún Subsecretario de Estado que me refiriera la discusión de la Cámara. Casi nunca los relatos eran concordes. El tono de la discusión me era casi siempre transmitido en forma distinta y por consiguiente la apreciación era, a menudo, diferente. Pero cuando por la noche leía en los diarios la crónica de la Cámara solía encontrar diferencias aún mayores. Los autores de las crónicas al referir los hechos manifestaban, aún sin querer, sus tendencias. Las crónicas no eran falsas pero sí casi siempre distintas.

Un amigo mío que ocupa una alta posición internacional, ha hecho hacer retratos de su esposa, por una cuarentena de pintores, entre los más célebres de Europa, sin que ninguno de los artistas hubiese visto la obra de los otros. La colección es ciertamente interesante. Cada uno de los pintores ha visto la persona de un modo diferente. La ha visto, y la representa, por consiguiente, a través de sí mismo.

Los historiadores más insignes nunca han visto la historia sino a través de sus ideas y de su temperamento. Conocemos a través de Herodoto la guerra de los griegos contra los persas; si conociéramos los textos de los historiadores persas quizás muchas cosas las apreciaríamos de otra manera. Conocemos la guerra del Peloponeso a través de

Tucídides, que era un gran espíritu ateniense, aristocrático, y agriado por el exilio contra la democracia de su país. Si existiese un historiador de Esparta, de la grandeza de Tucídides (Esparta era un pueblo muy poco inteligente para dar tan grande manifestación del pensamiento) muchos acontecimientos hubieran sido no solo juzgados sino contados de otro modo. Tácito y Suetonio son sin duda artistas de grandeza incomparable: sobre todo Tácito sigue siendo, después de muchos siglos, el más formidable historiador de Roma y sus frases breves y precisas contienen tesoros de belleza artística. Pero tenemos muchos motivos para dudar de todos sus juicios, o de muchos de ellos, sobre el imperio romano. No conozco entre los escritores modernos de la antigüedad, dos obras más grandiosas que la historia de Grecia de Grote y la historia de Roma de Mommsen. Pero leyendo en esas obras se vé casi en cada página y también en los relatos de los hechos, que la historia de Grecia de Grote es la visión del pueblo Griego por un inglés rico y liberal. En cada página de Mommsen hay ideas de un gran historiador político conservador e imperialista. Sus juicios sobre los Gracos, Cicerón o César, etc., se resienten particularmente de la idea política del escritor. Nada hay más injusto que aquello que Mommsen dice de los Gracos y la admiración por César (culpable él solo de la crueldad contra los germanos) es una evidente exageración. La idea que Mommsen tenía de la monarquía prusiana y de la política germana, se trasluce en todos sus juicios sobre la historia de Roma. Si Mommsen detestaba a Marx y a Lasalle, ¿por qué no habría detestado a los Gracos? y si admiraba a Guillermo II y a Bismarek, ¿por qué no habría admirado a César? (18). Los hechos, según como se refieran, tienen distinto significado: los refieren los historiadores según sus puntos de vista. También los que se proponen la más grande objetividad casi nunca llegan a alcanzarla. Las ideas que constituyen el fondo de nuestro espíritu filtran los hechos y los transmiten de distinta manera.

(18) Il terzo volume della grande *Romische Geschichte* di Mommsen è particolarmente interessante come espressione di partigianeria politica nella storia. Catone è un Don Chisciotte, Pompeo un caporale, Cicerone qualche cosa tra il giornalista e l'avvocato, un egoista e un miope: tutte le ragioni sono da parte dei conservatori. Si vede l'esaltazione della monarchia degli Hohenzollern e dei grandi proprietari prussiani a traverso ogni pagina della storia di Roma.

Cuando se está en desacuerdo con el juicio de un acontecimiento contemporáneo usamos de una frase banal y que ha obtenido derecho de ciudadanía casi universal: ¡decimos que la historia juzgará! Ya la historia, es decir los historiadores, se encontrarán en la misma situación en que nos encontramos nosotros y tendrán, probablemente, mucho menos material. Conocemos las personas del drama y tenemos a menudo todos los documentos para valorar los hechos. Si no llegamos a efectuar una valoración exacta de los mismos es porque la dificultad no está en los hechos sino en nosotros. Estas dificultades no son eliminadas por el tiempo. Mucho tiempo ha pasado desde la revolución francesa, pero en un siglo, de Thiers a Jaurés, de Michelet a Taine, de Carlyle a Aulard, todos aquellos que la han estudiado nos han dado distinta opinión y casi siempre han expuesto los hechos en forma también distinta. Se puede suponer que de aquí a seis o siete siglos los historiadores del porvenir serán más imparciales, pero se puede, con más evidente lógica, estar seguro que también entonces un historiador que será, en el orden de las ideas políticas, autoritario, juzgará a Robespierre y a Baboeuf con el mismo criterio con que Mommsen ha juzgado a los Gracos y a su reforma agraria.

La guerra Europea de 1914-18 ha sido la más grande destrucción de hombres y de riqueza que se recuerda en la historia de la humanidad. La expresión "un río de sangre" que tiene valor retórico casi siempre, ha tenido un valor real: se ha vertido tanta sangre como para accionar una instalación hidroeléctrica (19). Diez millones de hombres

(19) "Il existen de nombreuses statistiques sur les morts de la guerre... Il en résulte qu'il y a en tout 9.061.832 morts ou disparus. L'Allemagne a eu environ deux millions de victimes, l'Autriche Hongrie 1.542.617, la Russie 1.700.000, la France 1.400.000, l'Italia 750.000, la Grande Bretagne 743.702, la Serbie 365.154, la Bulgarie 250.000, la Belgique 40.936, la Roumanie 32.772... Mais ces chiffres sont inexacts. Les pertes de la Russie sont au moins doubles de celles qui sont indiquées et personne au fond n'est en mesure de fournir des chiffres d'une précision même relative. En somme, les morts et les disparus de la guerre dépassent en Europe, et de beaucoup, dix millions d'hommes; on compte un nombre beaucoup plus élevé de mutilé, d'invalides et d'hommes, qui sans avoir entièrement perdu leur capacité de travail, ont cependant perdu de leurs aptitudes, soit par déperissement physique, soit par dépression nerveuse... Quel fleuve de sang et de mort! Dans l'ensemble, il a peut être été versé cinquante millions de litres de sang, c'est à dire plus qu'il n'en faudrait pour faire marcher pendant plus vingt quatre heures une des plus grandes usines électriques du monde... De plus ceux qui sont morts à la guerre et ceux qui sont revenus de la bataille à tout jamais invalides, formaient presque toujours la meilleurs

han muerto, cerca de mil millares de francos han sido, en gran parte, destruidos. Existen todavía decenas de millones de hombres inhábiles para trabajar o aminorados en su capacidad productiva.

Durante la guerra los pueblos de la Entente decían que combatían por la democracia y la libertad de los pueblos. Después de la guerra el espíritu de reacción y de revolución se ha difundido: los vencedores han hecho todas aquellas cosas que en la intención reprocharon a los vencidos. Todos los principios de autodeterminación, de libertad, de nacionalidad, han sido violados. Gran parte de Europa ha perdido su prosperidad y por lo menos la mitad perdió su libertad.

Millares de libros se han publicado después de la guerra para estudiar sus responsabilidades. He recogido un material enorme de publicaciones, de estudios y de documentos oficiales ignorados por el público o poco conocidos. ¿Quién tiene la responsabilidad de la guerra?

En el Tratado de Versalles le ha sido impuesto a Alemania vencida y en la imposibilidad de reaccionar, el artículo 321 que declara que la responsabilidad de la guerra recae sobre Alemania y sus aliados. Esta declaración, que es un hecho nuevo en la historia de los tratados, fué impuesta a Alemania como en la Edad Media se usaba imponer la confesión a los acusados mediante la tortura. Después del armisticio, Alemania quedó tan convulsionada por las revueltas internas, tan hambrienta, tan arruinada por la falta de víveres y por la amenaza de revolución bolchevique, que no podía resistir a ninguna reclamación.

La declaración, entonces, no tiene valor alguno.

¿A quién espera la responsabilidad de la guerra? Casi todos los escritores franceses atribuyen todavía hoy la responsabilidad a Alemania y, salvo un pequeño número de escritores independientes, están todos de acuerdo. Los historiadores ingleses e italianos, y sobre todo los americanos, después de haber afirmado por varios años la misma tesis, ahora son menos explícitos. Los escritores alemanes, en su

partie de la population: hommes de coeur, hommes de devoir, hommes de travail, qui n'avaient aucune responsabilité dans le déchainement du conflit, mais qui n'ont pas voulu se dérober à l'heure du danger. Par contre les bandes de faux patriotes, les parasites de la bourgeoisie, les spéculateurs et les laches ont réussi à se mettre à l'abri de plus grands dangers ou même se sont arrangés pour ne point prendre part à une véritable action guerrière". Nitti: *La Paix*, cap. II.

mayor parte, hacen recaer la principal responsabilidad sobre Rusia y Francia y sobre Inglaterra que podía y no quiso impedir la guerra. Casi todos los gobiernos han publicado libros diplomáticos y algunos publicaron, o están publicando, una serie de volúmenes de documentos de la guerra. Pero los documentos oficiales publicados son insuficientes, y algunos, sin ser falsos, reticentes o incompletos.

Examinada la cantidad enorme de material de carácter oficial, se nota, en su mayor parte, una serie de omisiones y de lagunas; y se ve fácilmente en la mayoría de los autores, el punto de vista nacional, y en algunos de ellos el rencor todavía no desaparecido y el espíritu de guerra aún no eliminado.

Para el público, la guerra se relaciona con dos o tres hechos episódicos: el incidente de Sarajevo, la acción de Austria-Hungría contra Serbia, y la voluntad de Guillermo II. En los países que constituyeron la Alianza se repite todavía que Inglaterra entró en guerra para reaccionar contra la violación de los tratados y la ocupación de Bélgica, y que América entró más tarde para defender la causa de la libertad contra el germanismo, y protestar contra los actos de crueldad, como el hundimiento del *Lusitania*, del cual no sabemos todavía con precisión si transportaba o no armamentos.

Los historiadores del porvenir se encontrarán con la misma dificultad con la cual nos encontramos nosotros, frente a un material enorme. ¿Podrán ser en la valoración de los hechos más serenos que nosotros? Probablemente tendrán las mismas pasiones; y los historiadores alemanes, franceses e ingleses, no estarán dentro de tres o cuatro siglos más serenos que los historiadores actuales. También ahora se encuentran espíritus independientes que tientan, si bien sin tener éxito, juzgar los hechos con abstracción de sus pasiones nacionales o políticas; pero son en número demasiado exiguo.

Si es posible colocarse en un estado de serenidad, debemos decir que la guerra de 1914-18 era inevitable: podía ser retardada, pero no evitada. La responsabilidad de la guerra corresponde en diversa medida a todos: todos han caído dentro de ella casi sin advertirlo, como ha dicho Lloyd George.

(Continuad).

